

MENUDAS MONEDAS

FÈLIX RETAMERO

Supongamos una pieza cualquiera de oro, con una pureza, digamos del 90%, junto a otra de vellón, o mejor, de cobre, con un contenido noble muy bajo o insignificante. Pongamos, para simplificar las cosas, que las dos pesan lo mismo. Si uno, ante un auditorio poco formado en estos asuntos, hace la pregunta “¿cuál de las dos monedas es mejor?”, probablemente se encontrará con dos respuestas mayoritarias. La primera, claro, será un silencio preventivo, ante una pregunta que, aparentemente, sólo debería de admitir una contestación correcta, la obvia; ante la insistencia, es probable que se manifieste la segunda: “la de oro”, dicho, eso sí, tras algún carraspeo. La pregunta, aun siendo maliciosa, produce el efecto benéfico de introducir un desasosiego en el convencimiento de la superior bondad de la de oro. Otra cosa, claro, es explicar convincentemente esta certeza.

He hecho esta pregunta varias veces en los últimos años y me he encontrado repetidamente ante estas reacciones. La preferencia por la pieza de oro es fácilmente explicable, si uno no se deja intimidar por la pregunta. Ahora bien, sólo lo es si lo que se considera, estrictamente, son calidades y pesos de metal. Esta consideración social que hace preferible, “mejor”, a la primera moneda no es algo extraño. Existen numerosos ejemplos de épocas diversas que muestran cómo determinados grupos humanos se dotaron de instrumentos monetarios en los que la consideración estricta del metal determinaba el uso que se hacía de las monedas o de los lingotes. Estos manejos, en los que privaba la comprobación de las calidades y de los pesos del metal, imponían unas limitaciones infranqueables que afectaban, para empezar, a los volúmenes implicados en los tratos en los que intervenían estos pesos de metal. Y ello era debido a que, en las condiciones que acabo de explicar, la aceptación de objetos de metal noble como instrumentos monetarios (podían ser medios de pago, de intercambio, referentes en la asignación de valores y reservas acumulables a la espera de intervenir en transacciones futuras) era posible en la medida en que no se produjera una intrusión decisiva por parte de un poder político que se abrogara el monopolio de regular legalmente los usos de estos instrumentos.

Esto no quiere decir que no fuera posible la convivencia de poderes políticos, normalmente estados, con tales formas monetarias encarnadas en pesos de metales nobles; es más, muchos de estos poderes fueron productores de series con una muy destacable calidad metálica. Ahora bien, solamente en la medida en que estas fulgurantes monedas fueran regularmente retiradas por el poder político en cuestión podían nutrir flujos monetarios consistentes y estables. No se trata de un contrasentido. Ningún señor o estado productor de moneda podía sostener emisiones dilatadas sin recobrar las piezas con regularidad. Y ello, no tan sólo por recuperar parte del metal puesto en circulación para ulteriores emisiones, sino, sobre todo, porque la recuperación de las piezas era la garantía de que la moneda había cumplido sus principales cometidos: someter materias y fijar dominios políticos. Sin esta disciplina, no se podía garantizar que estas piezas “buenas” alimentaran tránsitos monetarios sostenidos, y que no acabaran perdidas en acumulaciones, como joyas o inertes pesos de metal. Sólo la exigencia de pagos al poder emisor, aquello que en última instancia dotaba de sentido al curso legal y sistemático de las piezas entre particulares, podía estimular la circulación de éstas y evitar prácticas

dispersivas y paralizantes. Habitualmente, los registros numismáticos generados por estas prácticas son de muy poco grosor.

Contrariamente, las monedas más viles, como eran denominadas en el título de este *XIX Encuentro de estudios sobre la moneda*, han dejado a menudo rastros numismáticos voluminosos, indicios de utilidades más o menos generales y sostenidas. Un caso iluminador de la producción de moneda menuda, de cobre, es el que describió Maqrīzī en el opúsculo conocido como el “Tratado de las hambres”, del 1405 (“Le Traité des Famines de Maqrīzī. Traduction française de G. Wiet”, *Journal of the Economic and Social History of the Orient*, 5, 1962, p. 1-90, especialmente p. 66-70). En él se cuenta cómo en el siglo XIII, en Egipto, y a partir del sultán Kāmil, el estado emitió grandes cantidades de *fulūs*, que no eran, según Maqrīzī, monedas verdaderas. Ahora no viene al caso comentar esta consideración, sino hacer referencia al contexto en el que tuvieron lugar estas producciones voluminosas. Resulta significativo que Maqrīzī relacionara la persistente abundancia de estas piezas, primero, con la rapacidad de los gobernantes y, sobre todo, con la penuria padecida por la población. No cuesta mucho imaginar las operaciones especulativas que llevaron este estado de cosas. El lector encontrará buenos ejemplos de ellas en las páginas que siguen.

Pero no es esto lo más destacable de la narración de Maqrīzī, en mi opinión. Antes de explicar el desastre de la producción “excesiva”, como él mismo dice, de monedas de cobre, Maqrīzī cuenta cómo en el campo y también en algunas ciudades como Bagdad, Alejandría y otras localidades del Alto Egipto, la gente se servía de galletas, de conchas, de trozos de pan, de lino del malo, o incluso de pollos, para adquirir productos básicos, principalmente nutrientes. Las monedas de cobre acabaron por desplazar a estos referentes orgánicos en las transacciones fundamentales, aquéllas organizadas para garantizar la subsistencia, y entonces empezó todo. La preciosa narración de Maqrīzī debería de tenerse en cuenta antes de plantear alegres asociaciones mecánicas entre las monedas más viles y las transacciones más comunes, “pequeñas” y “cotidianas”, según se dice, como si las primeras acudieran, diligentes, a la llamada de las segundas. Creo que la dimensión principal, y más oculta, de las monedas menudas, es precisamente la desvelada por Maqrīzī, la frecuente irrupción en la circulación de nutrientes. Esto, claro, no es una derivación natural de su contenido metálico, sino de la específica consideración social otorgada a los metales. Desplazados de estas transacciones fundamentales, siguiendo aún a Maqrīzī, los dirhemes casi no circulaban y eran convertidos frecuentemente en adornos. No es que hubiera una moneda “mala” que expulsara a la “buena”, como dice la llamada “Ley de Gresham”, sino que los dirhemes no estaban sometidos a una continuada disciplina, para empezar, recaudatoria, que asegurara su utilización monetaria.

La intervención sobre los circuitos de nutrientes fue, sin duda, el efecto de mayor alcance que pudo provocar cualquier moneda. Cuanto más densas hubieran sido las redes de estos intercambios y cuanto más frecuentes hubieran sido las transacciones intervenidas, más regular y extenso habría sido el uso de las piezas de metal dotadas de curso legal, incompatibles, claro, con cualquier otro sistema de valoración o de pago no oficial. A menudo, las piezas de vellón o de cobre han ocupado este lugar en los intercambios humanos. La vileza de su metal o la ligereza de su peso no era sino la rotunda expresión de poder político que incorporaban en su engañosa menudencia.

Y ahora, ¿cuál era la pregunta?